

LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO III.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes. 1 peseta 75 céntimos; tres meses. 4'50.—En el resto de España: tres meses. 5 pesetas.—Extranjero: seis meses. 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem. 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año. 50 idem.—Pago ADELANTADO.

SANTANDER

Juésves 18 de Junio de 1885.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla. 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana. 12 idem de idem.—Cuarta plana. 6 idem de idem.—Comunicados. 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion. 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 719.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

A LO BUENO Y BARATO.

En la liquidacion, calle de la Blanca, 24 y 26,

se acaba de recibir un inmenso surtido de géne-ros ingleses franceses y del reino á precios su-mamente baratos para trajes de caballeros y niños. En dicho establecimiento se confeccionan trajes á la medida con toda la elegancia que de-see el parroquiano, desde el infimo precio de 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14 duros.

NO CONFUNDIRSE

Frente al Paraíso de los niños
j. d. 18

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Marco y San Mar-celiano, herms. mrs., S. Ciriaco y Sta. Paula.

Aunque muy atrasada, parécenos que nuestros lectores verán con gusto la si-guiente Pastoral del venerable Obispo de Plasencia publicada en el *Boletín* de la dió-cesis en Febrero del año pasado.

NOS EL DOCTOR D. PEDRO CASAS SOUTO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE PLASENCIA, ETC.

A todos nuestros amados diocesanos, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

Eilios enutriví et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.

Hijos crié y engrandecí, mas ellos me despreciaron (Isai., 1, 2.)

Lo que aconteció, amados hermanos é hijos en el Señor, al pueblo de Israel en tiempo de Je-roboan y sus sucesores, es figura bastante expre-siva de lo que sucede hoy en los pueblos cristia-nos. Elegido rey aquel perverso por las tribus que se habian separado de la obediencia á la casa de David, procura consolidar su usurpada domi-nacion en ellas; y al efecto trata de evitar á to-do trance que se vuelvan á unir con Judá.

La religion, comun á todas, era un vínculo demasiado estrecho que las unia entre sí, y fali-citarla más ó ménos pronto la vuelta á la obe-diencia de Roboan, su soberano legítimo. ¿Qué hacer, pues, para conjurar este peligro? Los am-biciosos, que todo lo sacrifican al deseo de do-minar, en nada reparan, á todo se atreven, cuan-do es útil para satisfacer la pasion de que son es-clavos, y Jeroboan era uno de estos ambiciosos.

Despues de meditarlo detenidamente, juzgó era el medio más oportuno sustituir el culto del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob con el de los ídolos, á que tanta aficion habian mostra-do siempre. Coloca en Dan y Bethel dos bece-rrros de oro, y prohíbe á las tribus subir á Jeru-salem á adorar al Dios de sus padres, diciendo al presentarles los ídolos: *Hé aquí, Israel, tus dioses que te sacaron de la tierra de Egip-to* (1).

El pueblo todo cae en este escandaloso lazo, abandona al Dios verdadero que le habia librado de la esclavitud de los Faraones, ofrece sacrifi-cios á los demonios y se contamina con los vi-cios y abominaciones á que se entregaban cíni-camente los pueblos incircuncisos. De nada sir-ven los misericordiosos avisos y repetidas amena-zas para apartar á este pueblo prevaricador de sus torcidos caminos. Sus reyes y vasallos des-precian los anuncios de los enviados del Señor, de los profetas, y continúan cada vez más obsti-nados en su impiedad, hasta que, llena la medi-da, fueron dispersados entre las naciones infieles, dejando para siempre de ser pueblo.

Hé aquí la historia actual de los pueblos cris-tianos. Tambien han vuelto socialmente, ó co-mo pueblo, la espalda al Dios que los redimió de la esclavitud, no de Egipto, sino de Satanás; al Dios del Calvario, á Jesucristo. No queremos tener parte con David, decian las tribus de Israel al negarse á reconocer por rey y obedecer á Ro-boan; y los pueblos cristianos le dicen, ya hace tiempo, con palabras y con hechos al Salvador: *Nolumus hunc regnare super nos*: no que-remos que Cristo reine ya más sobre nosotros. *Vete á tus tiendas, Israel*, decian tambien aquellos rebeldes, y tú, David, cuida ahora de tu casa; y esto mismo vienen á decirle los pueblos modernos á Jesucristo, de quien han re-cibido beneficios sin cuento. Cuida de tu casa, que nosotros no queremos ya que intervengas como supremo regulador en las nuestras. Retírate al templo; enseña en él, por medio de tus ministros á los imbéciles que todavía quieren escucharla, esa doctrina, despreciada ya por las gentes *ilus-tradas*; que celebren en él las funciones y cere-monias del culto, á las que sólo asistan gentes ignorantes, estúpidas, supersticiosas, preocupa-das.... eso te lo permitiremos aún, si bien con cuenta y razon y mientras lo juzguemos con-veniente. Pero dirigir con tus enseñanzas, como

(1) (3.º de los Reyes, XII, 17.)

en los tiempos de oscuridad y de tinieblas, la sociedad y los gobiernos; derramarse, extenderse el espíritu de tu doctrina sobre nuestras leyes, ciencias y artes, conservar tu ascendiente sobre los establecimientos públicos de enseñanza y be-nefencia que tú has erigido y conservado con tanta solicitud; secundar con nuestras disposicio-nes tu influencia en las familias, en los individuos y en las costumbres.... ¡Oh! eso de ninguna ma-nera lo haremos; y si aún te permitimos algo por razon de las circunstancias, ya iremos poco á poco aprovechando las oportunidades de hacer desaparecer esos miserables restos de tu antigua influencia, de tu antigua dominacion en las al-mas.

No importa que la Iglesia, como madre cari-ñosa que formó en su seno á estos pueblos, los alimentó por tantos siglos con su doctrina, los vi-vifica con su amor, y á los que su doctina, lo sirvió de escudo su autoridad tanto tiempo, levante su voz dolien-te al verlos precipitarse en profundos abismos y ser miserable juguete de todos los delirios, de to-das las utopias, de todos los malvados, despues que rechazaron sus enseñanzas; no importa que esta amorosa maestra que educó y elevó á tanto grado de cultura y dignidad á estos pueblos, les ponga delante la causa de sus males presentes y los remedios seguros para curarlos, y evitar á la vez otros mayores que sobrevenirán; todos sus clamores son en vano. Así como Israel despre-ciando continuamente, burlándose siempre y ne-gándose obstinado á los avisos de Dios, se hundía cada vez más en los abismos de corrupcion á que le impulsaba su apostasia; de la misma manera negándose aquellos á escuchar á la Iglesia, se obs-tinan cada vez más en alejar su vista del cielo pa-ra fijarla solamente en la tierra, en despreciar los lúgubres pronósticos que se les anuncian, parece que prefieren morir antes que salvarse volviendo al amoroso regazo de su santa madre que con ra-zon se puede quejar con Isaías diciendo: *Hijos crié y engrandecí, mas ellos me desprecia-ron*. (1)

Pero la desgracia es que este estado general anticristiano y desordenado en que se encuentran las naciones influye poderosa y constantemente en las poblaciones particulares de que constan, para hacer cundir entre sus habitantes la irreligi-on y aumentar cada día el libertinaje, trastor-nando y confundiendo las ideas más comunes so-bre los deberes que la religion nos impone y fo-

(1) Is. 1-2.

mentando todas las concupiscencias.

Entre los medios que se emplean para conse-guir tan funestos resultados, solamente fijaré vuestra atencion sobre algunos, á fin de que podáis vivir prevenidos y evitar su perniciosa in-fluencia.

I.

Una de las causas generales que conduce á de-bilitar la fé de los pueblos, hacerlos indolentes en religion y mirar con indiferencia la infraccion de toda clase de preceptos, es *la costumbre gene-ralizada hace tiempo de discutirlo todo*.

En efecto, esta costumbre viene á destruir en muchos casos toda fé y conviccion, y hace vacilar frecuentemente cuando se ha de juzgar de las co-sas que se traen á discusion. Esto no puede mé-nos de suceder cuando, como ahora, se pone en tela de juicio todo, así lo cierto como lo dudoso; lo mismo lo que Dios dejó entregado á las *disputas de los hombres*, como aquello que quiso estuviere fuera de toda discusion; cuando el prurito de controversia no está ceñido á los hom-bres de ingenio y de talento, de instruccion y de ciencia, sino que se extiende de una ú otra mane-ra á gentes que apenas tienen capacidad para co-nocer con exactitud lo mismo que se pone en duda y sobre que quieren sin embargo emitir su voto ó decidir.

Seria tolerable esta costumbre, si estuviera ce-ñida á las cuestiones del orden natural; pero de ninguna manera cuando se quiere penetrar en lo íntimo de las verdades del orden sobrenatural, adonde no puede remontarse nuestra razon sino en alas de la fé, so pena de perderse en un abis-mo de tinieblas, y caer inevitablemente en todo género de errores de trascendencia inmensa: no puede discurrir sobre esas verdades sino llevando por guía y sin apartarse nunca de esa divina an-torcha que le ha sido liberalmente dada.

Funestos ejemplos de monstruosos extravíos han dado en todos los siglos esa multitud de hom-bres orgullosos, *de hombres vanos en quienes no reside la ciencia de Dios*, como dice el Sá-bio (1), que han constituido á su razon como su-premo Juez de los dogmas revelados. Obrando como si su limitado entendimiento fuese capaz de penetrar con su sola actividad los secretos más recónditos y descifrar los más profundos miste-rios de la divinidad, se verificó y se verificará siempre, en ellos lo que hace tantos siglos dijo el Espíritu Santo en el Eclesiástico: *Scrutator*

(2) Sap. XII v. 1.

magistatís oprímetur á gloria (3). El que audazmente se atreve á ser escudriñador de la majestad, será oprimido por la gloria. Hoy mismo sucede esto con los modernos sectarios.

En efecto, no pudiendo comprender las verdades superiores á la razón, que Dios se ha dignado revelarnos, en vez de creerlas sometiendo-se á la autoridad infalible de quien las manifestaba, prefieren negarlas unos, las han declarado absurdas otros, y viendo ó creyendo ver en los misterios de nuestra Religión algunos más una especie de símbolos de verdades naturales, los han explicado de una manera también natural.

Los hechos sensibles, extraordinarios, milagrosos, cuya existencia no podían negar razonablemente, trataron también de explicarlos, de suerte que desapareciese de esos toda influencia y operación ejercida fuera del orden de toda la naturaleza creada, como dice Santo Tomás de Aquino. No importa que esas explicaciones sean forzadas, extravagantes, caprichosas, irracionales; con tal que de algún modo les sirvan para debilitar en el ánimo de los incautos la concluyente prueba de la revelación divina que dan semejantes hechos, les basta.

Emancipada así la razón de la fe en esta materia, no sólo niega los misterios cuya existencia Dios nos ha dado á conocer positiva y sobrenaturalmente, sí, pero de una manera que no puede rechazar ningún entendimiento que ejerza rectamente sus operaciones, sino que se ha precipitado de nuevo en las aberraciones sobre Dios y el hombre, en que había caído en los antiguos pueblos. Si alguna diferencia hay en la expresión de los mismos errores, consiste en que las tinieblas en que se envuelve la razón de los modernos que rechazan la fe, son más densas que las de los antiguos á quienes no había iluminado aún esta divina antorcha.

Así se ve hoy proclamado, por ejemplo, el error de los antiguos pueblos de la India. Se confunde á Dios con el mundo, se le identifica con la naturaleza, no se reconoce, como los antiguos brachmanes, más que á Brachma, es decir, al ser único del que los demás no son más que apariencias, fenómenos, evoluciones ó manifestaciones necesarias. De este *gran Todo* salen y en él vuelven á perderse, reconcentrarse, transformarse todas estas apariencias y fenómenos. Sí, lo que duerme en la piedra y demás seres inorgánicos, lo que vegeta en la planta, siente en el bruto, raciocina y tiene conciencia de sí mismo en el hombre, no es más que el YO, e. ABSOLUTO la IDEA, el SER ABSTRACTO de que nos hablan en lenguaje enrevesado y casi ininteligible los Fichte, Schelling, Hegel, Krause, principales maestros y representantes de la que se llama hoy LA CIENCIA... panteística.

Este error, que parece se pierde de vista por el modo vaporoso y oscuro con que se presenta en los que se llaman sabios de la época, viene en último término á descender ó confundirse con el grosero *materialismo* de los primeros filósofos, admitido por el más rudo vulgo de los pueblos antiguos; materialismo que se enseña hoy tam-

(3) Ecles. XXV v. 27.

bien como un adelanto, un progreso de la ciencia, de la humanidad.

La materia... es todo lo que existe: nada hay más que *La Materia*, se dice en libros, en periódicos, en conversaciones, en discursos por gente que se llama á sí misma ilustrada, y mira con desdeñosa compasión ó desprecia abiertamente como patrocinadores, de la ignorancia, á los que piensan á la antigua, como nuestros creyentes abuelos. De esta materia ETERNA, se añade, han sido formados todos los seres, merced á las innumerables combinaciones de sus átomos, efectuadas en toda la eternidad por esa ley de la mútua afinidad de que... pero no digamos más; porque con más franqueza se nos presentan los que sin usar la especie de telaraña del panteísmo y la grosera y vasta careta del materialismo, nos dicen sin rebozo ni ambages de ningún género lo que en su corazón dijo el necio, según el profeta Rey: no hay, no existe Dios. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus* y si existe es el mal mismo, la personificación del mal. Perdonad, amados hermanos é hijos, que exprese aquí ese lenguaje horriblemente blasfemo, sólo usado en nuestros aciagos días.

A estos asombrosos extravíos de la razón emancipada acerca de Dios corresponden los errores admitidos sobre el hombre.

(Se continuará.)

LA VERDAD

Santander 18 de Junio de 1885.

LA MANO DE LA PROVIDENCIA.

(Conclusion.)

IV.

Una vez reunidos nuestros personajes bajo el hospitalario techo que el joven le había ofrecido, la infeliz anciana, dominando cuanto le era posible la emoción de que se hallaba poseída, y enjugando de vez en cuando las gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas, comenzó á relatar su historia; cuya primera parte conocen ya nuestros lectores, pues la mendiga no era otra que doña María, la esposa de don Diego.

Su protector la escuchaba con creciente interés, sin apartar ni un momento sus ojos humedecidos por el llanto, de aquel rostro venerable, surcado de profundas arrugas, entre cada una de las cuales parecía encerrarse una historia de dolor inmenso.

Después de haber hecho el relato de sus primeros pasos por el camino del infortunio, la anciana se detuvo un momento, como si la voz se ahogase en su garganta.

—Al poco tiempo de haber desaparecido mi hijo, continuó, este pueblo fué invadido por una epidemia que llevó el luto y la desolación á todas partes. De mi lado arrebató á D. Jaime, el virtuoso párroco del pueblo, que tantos y tantos consuelos había vertido sobre mi angustiada corazón.

Como veis, la mano de la Providencia me arrastraba sin cesar por la senda escabrosa de la desgracia, donde el llanto y la resignación eran mis únicos compañeros.

Dios me apartaba de los seres para que-

nes guardaba todo el amor que podía agitarse en mi pecho: la más angustiosa soledad iba rodeándome; y mi porvenir lo adivinaba tan negro, tan sombrío como la tempestad que se mece en el horizonte.

¡Cuántas veces la noche me sorprendió, con la mirada fija en el cielo, puesto en el Sér Supremo el pensamiento, y elevando hasta El fervientes plegarias, mientras que mis ojos se inundaban de lágrimas, ante la desgarradora idea de que Gonzalo, el único ser que sobre la tierra me quedaba, desapareciese quizá para no poder jamás estrecharlo entre mis brazos.

Hasta entonces mi fe no había vacilado, antes al contrario, á cada nuevo sufrimiento, á cada nuevo dolor, la sentía crecer, y me reanimaba para continuar resignada hasta el fin de mi desventura.

V.

Aún los suspiros lanza los por mi protector no se habían apagado en mis labios, cuando otros golpe, no menos rudo que los anteriores, vinieron á herirme en el alma.

Una noche ardió mi casa, y con ella se disipó casi toda mi fortuna. Gonzalo y yo nos salvamos, sin que pueda explicarme de qué medios nos valimos para ello; tal era mi aturdimiento en aquellos supremos momentos en que contemplaba presa de indecible terror la enorme montaña de fuego que demolió aquel edificio donde tantos días felices habían trascurrido para nosotros.

Yo era una pobre: veía acercarse hacia mí la miseria con todos sus horrores; pero no vacilé. La nueva situación en que me hallaba colocada me marcó el camino que desde entonces debía seguir, y me lancé por el pueblo implorando la caridad de aquellos mismos á quienes antes había socorrido.

Los infelices lugareños me franqueaban las puertas de sus modestas viviendas, y se disputaban lo que ellos llamaban el honor de tenerme á su mesa.

A la sazón llegó al pueblo un rico comerciante de Méjico á quien mi esposo había favorecido mucho, cuando ambos empezaron sus estudios: los dos se habían profesado un cariño tan grande que no pudo romperlo su larga separación.

No encuentro palabras con que expresar lo que aquel leal y bondadoso amigo sufrió al contemplarme en tan triste estado. Quiso rodearme de cuantas comodidades pudieran apetecerse; puso á mi disposición su inmensa fortuna, y todo le parecía poco para favorecerme: tan agradecido estaba á los favores que mi esposo le había dispensado. Pero todo fué inútil. Yo comprendía que la Providencia me había sumido en el infortunio para probar mi fe y mi resignación, y nada quise aceptar.

Me acordaba de aquellas palabras llenas de unción que mi esposo había pronunciado con voz balbuciente momentos antes de exhalar el último suspiro.

Solo una cosa pudo conseguir aquel caballero, cuyo nombre no me cansaré jamás de bendecir. Le permití que llevase á mi hijo al lado de su familia, donde tenía la seguridad de que nada le faltaría... nada, más que el amor de su desgraciada madre.

Cuando llegó el momento de despedirme de ellos, sentí que mi corazón pugnaba por salirse del pecho, que me abandonaban las fuerzas, y que las lágrimas me ahogaban.

¡Pobre hijo mío! Yo no quería exponerlo á que cruzase conmigo la serie de calamidades que quizá me acosaría aún, y al do-

lor de verlo arrostrar á mi lado toda clase de miserias, prefería llorar su ausencia como lloraba la de su hermano.

Partió al fin, y con él se llevó mi última esperanza.

Al decir, esto doña María exhaló un suspiro que parecía salir de lo más profundo de su alma; ocultó la cara entre las manos, y un mar de lágrimas bañó sus ojos, privados de luz y faltos de expresión.

Andresillo, su tierno compañero lloraba también, cual si midiese en toda su magnitud la angustia que se agitaba entonces en el pecho de su madre adoptiva.

En cuanto al joven, cuyo nombre no tardarán en conocer nuestros lectores, su rostro indicaba la mayor ansiedad. Estaba pálido y convulso como si participara de las penas de sus protegidos.

Hubo un momento de pausa, durante el cual solo se oían los agudos suspiros de la anciana, los débiles gemidos del niño y la fatigosa respiración de su protector.

Después, doña María reanudó su relato en estos términos:

—Sola ya en el mundo, y despreciada por lo que antes me habían vendido protección: destrozado mi pecho por los reveses de la fortuna, pero firme todavía mi fe, y creciente siempre mi resignación, abandoné el pueblo: corrí de un lado á otro mendigando un pedazo de pan con que alimentarme, y un lecho donde descansar de las fatigas del día; y á donde quiera que llegaba, allí donde se posaba mi planta vacilante, me asaltaban los tristes recuerdos del pasado, para hacerme ver en aquellas dolorosas escenas que habían llenado de luto mi alma, la mano de la Providencia, siguiendo los destinos del hombre, sin abandonarlo jamás.

Ni los desprecios ni las privaciones, ni la miseria ni el cansancio lograban hacerme titubear. Yo seguía impávida esperando en la misericordia de Dios, vertiendo amargo llanto por las personas á quienes había perdido, y llevando en los labios la conmovedora súplica del mendigo: —¡Una limosna por amor de Dios!

Y Dios, por medio de las almas caritativas, ponía en mis manos el óbolo de la caridad.

Un día Él me deparó este infeliz niño, que gemía próximo á la muerte en el rincón de una miserable y desierta choza, donde yo había penetrado para resguardarme del frío de la noche. Lo recogí, repartí con él las escasas provisiones que en mi bolsa llevaba, y desde entonces me acompaña á cruzar el mundo en busca de los auxilios que necesitamos para no morir de hambre, olvidados de los hombres y solos con nuestras desdichas, en un ignorado rincón.

Todo era providencial.

El Omnipotente había puesto á mi lado este ángel, porque en breve faltaría la luz á mis ojos... Y una vez ciega, sería indudablemente un vil juguete de las personas despiadadas...

He ahí mi historia, la historia toda de mis penalidades. Ahora llego á este pueblo, que fué en otros tiempos mansión de ventura para mí y para mi desventurada familia.

Aquí pienso morir, elevando al cielo continuas oraciones por los que aún viven en mi corazón cual si los tuviese á mi lado. Aquí, sola con mi quebranto, pasaré el resto de mi vida, vertiendo hasta la última lágrima sobre la tumba de mi esposo,

